

EL PUERTO DE BAHIA.

LA VIDA LITERARIA.

Levante ogni speranza
oh voi ch'entrare!
DANTE.

San-Salvador da Bahia de todos os Santos, Soteropolis son los nombres oficiales de la antigua capital del Brasil; pero se la conoce mas generalmente por Bahia. Su magnifico puerto ha excitado siempre la admiracion del marino, y el hábi hidrógrafo francés cuyas obras gozan de justa reputacion en la América del Sud, la coloca entre los mejores puertos, describiéndole á la vez de la manera mas clara y exacta. La Bahia de todos los Santos, considerada en toda su estension; forma un golfo profundo en el continente; este golfo, que lleva el nombre de *Reconcaro*, tiene cerca de treinta leguas de circunferencia.

Al lado oriental de la entrada principal, la tierra se eleva en forma de anfiteatro desde la costa; la ciudad de San Salvador es la ciudad de las viejas tradiciones, de curiosos recuerdos y poéticas leyendas. La entrada del puerto fué explorada tres años despues del descubrimiento del Brasil, por Cristóbal Santiago.

Sus principales monumentos, entre los que descuella la antigua catedral (La Sé) construida el año de 1552, son el colegio de los jesuitas, construido con piedra mármol: la biblioteca, fundada en 1811; el palacio de los antiguos gobernadores, que ocupa hoy el presidente de la provincia; la fabrica de la moneda, construida en 1694; el teatro edificado en 1806, y el paseo público, creacion del conde de los Arcos en 1808.

La parte baja de la ciudad contiene tambien monumentos dignos de admiracion, tales como la iglesia de la Concepcion, la Bolsa, fundada en 1816, y cuyo magnifico pavimento contiene, en una especie de mosaico, la mas rica y variada coleccion de maderas indigenas. Entre los edificios religiosos descuellan, tanto por su antigüedad como por su belleza arquitectónica, los conventos de San Francisco, San Benito, el Carmen, San Pedro, *das Mercês do Desterro* y *Da Soledad*. Sobre toda es digna de admiracion la pequeña capilla de San Gonçalo, edificada en 1735 por los jesuitas, y concluida seis años antes de su estincion: á pesar del estado ruinoso en que se encuentra, es uno de los edificios mas pintorescos que encierra la ciudad de Bahia.

Quiero diseñar hoy, aunque débil é imperfectamente, las fases distintas de esta existencia afanosa y triste que se llama la vida literaria. Quiero, levantando una punta del esplendente manto que la cubre, manifestar sus miserias, hacer adivinar sus dolores; publicar sus angustias, cómicas á las veces, á las veces trágicas.

Así, cuando ante los ojos del vulgo aparezca uno de esos hombres á quienes aquel supone tan ricos de felicidad y de alegría, habrá para ellos algo mas que admiracion y aplauso; habrá un interés afectuoso, una simpatía sincera, un aprecio justo y legitimo.

No es esta ya, se dice, la época de Cervantes; el poeta ha conquistado la posicion que le era debida; el talento ha obtenido sus preeminencias; el saber sus fueros; el génio su poder; la inteligencia su predominio. Ciertamente; ese nombre que antes era poco menos que de oprobio; ese nombre que era casi una exclusion, es ahora un título. Pero ¿hasta esto por ventura? ¿Bastan esta reparacion y esta justicia tardías? ¿No hay nada que apetezca ya, nada que pedir, nada que reclamar? ¿Es la vida del literato tan próspera y tan holgada, que no recuerde sus pasados infortunios, sus antiguas humillaciones, sus recientes desastres? Si le preguntamos al vulgo, dirá que sí; si nos lo preguntamos á nosotros mismos, diremos que no. Entre estas dos opiniones opuestas hay un medio para descubrir la verdad, y para hacerla sentir á todos y á cada uno: la pintura imparcial y exacta que me propongo hacer.

El vulgo no es el pueblo únicamente: el vulgo es la generalidad; se compone de las clases altas, de las medias, de las infimas; ni solo los ignorantes y los estúpidos pertenecen á él; con frecuencia le forman persona algo inteligentes y algo ilustradas. El vulgo es pues el conjunto de los que aceptan opiniones formuladas ya y difundidas; de los que repiten lo que otros propalan sin discutir su posibilidad ni su verosimilitud; de los que acogen todas las paradojas ridiculas, todas

las axiomas triviales, todas las calumnias absurdas, que ora se dirigen contra un individuo, ora contra una categoría social.

Estudiamos de qué suerte califican al poeta cada una de las distintas fracciones del vulgo.

Para el pueblo, el poeta es el hombre que hace coplas.

Para el común de las gentes, es el hombre que hace versos.

Para la mujer, es el hombre que sabe decir cosas bonitas.

Para nadie, es el mortal inspirado por la divinidad.

Así, después de hablar tanto de su misión, no se le otorga ya ninguna; después de haber llamado a la facultad poética arte sublime, se le llama oficio mecánico; en fin, después de premiarle con laureles, se le premia ya con empleos!

Larguísimo es el catálogo de las tribulaciones y contrariedades á que está condenado el poeta solo por serlo.

Si jura y protesta su amor á alguna mujer, se le responde con una sonrisa de incredulidad.

¡Poeta!

Esto es, embustero.

Si discurre sobre una cuestión abstracta, si razona sobre un punto cualquiera de la doctrina política, todos se encogen de hombros, mirándole también:

¡Poeta!

Esto es, loco!

Y en las diversas materias, y en los asuntos diversos, y en las cosas diferentes sujetas á la discusión general, ó se desconoce su competencia ó se niega su razón. En suma, á los poetas se les impone la poesía á perpetuidad, y júzase que todo lo contemplan al través del engañoso y dorado prisma de la ilusión, cuando precisamente ellos son las víctimas de este erróneo sistema óptico.

Refiere uno de los biógrafos de Voltaire cierta curiosa anécdota de la que no es difícil hallar ejemplos todavía. Hallábase el célebre filósofo en su residencia de Ferney; pero hacia una vida sumamente retirada y oscura; de suerte, que no eran pocos aquellos de sus vecinos que ardían en deseos de conocerle. Entre otros distinguiase una señora, grande admiradora del poeta, y que le imaginaba como es costumbre entre el vulgo, joven, pálido, rubio, sentimental y triste. Tanto trabajó la buena provinciana por ver al héroe de sus sueños, que logró seducir á la criada de Voltaire para que la escondiese un día en el jardín, y la dejara desde allí contemplarle á su sabor mientras se paseaba. Hízose así en efecto; y ¡cuál fué la sorpresa, el disgusto de la dama, al encontrar á un hombre ya maduro, y no bello ni elegante! Poco después vino su cómplice á conducirla á un pabellón, al través de cuyas cortinas podía ver al autor de *La Henriada*, que acababa de sentarse á la mesa, y se servía un enorme plato de sopa. Entonces llegó al estremo el asombro de la admiradora, quien exclamó con un acento soberano de indignación y desprecio:

— ¡Voye! ¡Voye! ¡Voye! ¡Voye!

En seguida, no queriendo aguardar más, echó á correr completamente desoluzada.

Algo muy semejante sucede en el día; á la multitud le cuesta trabajo comprender que el poeta es un hombre como todos, con sus mismas pasiones, con sus mismas necesidades, con sus propias aspiraciones; y el que le llama crítico, como el que le llama poeta, sin reconocerle superioridad, le atribuye otros hábitos, otras inclinaciones, otra naturaleza más gruesa y menos delgada.—Que en esto solo se diferencia los contemporáneos de Voltaire y nuestros contemporáneos; aquellos sublimaban al género; estos lo materializan y rebajan.

Hemos considerado una faz sola de la vida literaria: las restantes no están exentas, sino por el contrario, más llenas aun de sinsabores y pesares.

Hablemos del autor dramático.—¿Quién na conoce la existencia ardua de ese hombre, tan pronto exaltado por la multitud como castigado por ella misma; tan pronto coronado como escarnecido; juguete hoy de una cabala, víctima mañana de mal humor del público? Asembláse su nombre á las olas del proceloso mar, que ya parecen tocar en la celeste bóveda; ya hundirse en lo más profunda de horribos abismos.

Alfanes eternos, interminables lumbres; há aquí resumida en breves palabras la vida entera del autor dramático. La ignorancia y la intolerancia suelen armarse para combatirle; la crítica mordaz y apasionada desahoga con él las malas pasiones de que se nutre; y la impotencia envidiosa y maligna suscita le casi invencibles obstáculos. Así se gasta su fuerza, y su energía decaen, y su genio se abate, y su fé sucumbe; y en vez de volar como el águila levantada y orgullosa por el espacio inmenso, marcha lentamente, presa de mortal desaliento.

Y cómo crecen, cuán se multiplican, cuánto se agravan estos periclitos, si el escritor se propone atacar de frente los vicios y ridiculos de la época, y plantar las hostilidades en todo su desorden y en toda su verdad! Entonces principian las apertaciones, los ejemplos, las personalidades.—A los repárricos nobles y elevados nadie les encuentra ti-

po; en las caricaturas risibles ó grotescas todo el mundo cree descubrir los originales. Achaque es ya antiguo esto; como que Mañera y Boamanchais de él se quejaban altamente, sin que fueran capaces de remediarlo; mas oada ha perdido de su índole por la fecha; la malicia, que en vez de amenguarse, todos los días se aumenta, sigue buscando mezquino origen á aquello que lo tiene muy grande; porque tanto como es miserable intento el de mortificar y escarnecer á un individuo determinado, es digno de alta loa el querer corregir ó mejorar á la humanidad entera.

Si fuésemos á traer ejemplos, infinitos podríamos citar aquí; nunca fallan algunas de esas almas placidas, cuya función más dulce es infundir la sospecha y llevar la calomnia á los corazones menos desconfiados. Ellos harán creer á la mujer á quien tal vez ama el autor, que la escogió por modelo al bosquejar una despreciable coqueta; ellos dirán al ministro, del cual acaso depende el poeta, que le retrató aquel en pintura un gobernante torpe ó inhumano, con la santa intención de que en castigo le destituya; ellos, por último, inventarán algunas deshonrosa mentira, que, semejante á esas bolas de nieve desprendidas de las montañas, recogerán y se engrasarán á su paso con todas las mil pequeñas invenciones de los tontos y de los desocupados.

No basta este cuadro, verdadero y fiel por desgracia, para dar una idea de lo que es esa existencia tan brillante y tan feliz, según algunos? Si despreciamos á los parmenores, si como en globo los hemos considerado las desdichas en sus epirodios y en sus incidentes, aun se comprendería mejor la oportunidad de la sentencia que escribimos al frente de este artículo.

No olvidemos al crítico, uno de los individuos de la familia literaria cuyo destino no es tampoco muy próspero ni envidiable. La generalidad se le representa ceñudo y feo, de áspera voz y altivos ademanes; de mirada torva y sonrisa sinistra; en fin, copia y trasunto de los *dómines* de aldea.—De modo que ni siquiera tiene la ventaja, como el poeta, de que la imaginación de agradable ni de simpático aspecto, y por esto mismo se aboga hácia él una prevención adversa.

Si el crítico es severo, se le llama pedante; si es blando, se le llama incapaz; si censura, se busca el secreto de su duren; si aplaude, se atribuye á pandillaje ó á amistad. Ninguno de los dos satisface ni contenta nunca: aquel porque no elogia, éste porque no elogia bastante. Y después, las interpretaciones, y las omisiones, y las reticencias, y el más y el menos, y las culpativas, y las preferencias... Y de todo esto las remoras, de aquí las venganzas! ¡Felicid del crítico si es ademas autor dramático! ¡El uno pagará en su día las culpas que háya cometido el otro! Es pues la vida literaria como esos lagos limpidos y serenos, cuyas aguas azuladas reflejan el espléndido sol, las risantes estrellas, ó los verdes árboles. ¡Qué diferencia, sin embargo, entre su superficie y su fondo!—Profundízase un poco en él, y toda su belleza desaparece; y el líquido espejo revuelto y agitado, no reproducirá tampoco ninguna de las maravillas de la creación!

RAMÓN DE NAVARRETE.

MIRANDA DE EBRO.

Como sucede con la mayor parte de las poblaciones antiguas, la época de la fundación de la villa de Miranda de Ebro es oscura y dudosa en estremo.

Un historiador afirma que fué edificada doscientos años antes del nacimiento de Cristo; pero otros, y es la más cierto, convienen en que si existió en tiempo de los romanos en el lugar que hoy ocupaba debió de ser poco notable, porque no se sabe el nombre con que se la distinguiera y conociese, por mas que algunos hayan conjeturado diversas deducciones á ella de ciudades mencionadas por los geógrafos.

En apoyo de lo que acabamos de expresar milita la poderosa razón de que en su suelo no se encuentran monedas, rastros, ni vestigios de la época del pueblo Rey, según sucede en Cabrera y Arce-Miraperez, que distan menos de una legua, en cualquiera de los cuales se levantaria la villa, aunque con otro nombre, en aquella remota época.

Las vicisitudes de la misma han sido tantas, y varia su importancia, y decadencia.

En el siglo VIII se despobló por efecto de las guerras y trastornos que hubo entonces, y sus pocos moradores se establecieron en la Nava de Albur, pueblo situado en la ribera meridional del Ebro, cerca de la embocadura del Oron; pero no tardó en repoblarse y engrandecerse, mayormente desde que el rey de Castilla D. Alonso VI le dió en enero de 1060 su correspondiente carta puebla; fuero que aumentó Don Sancho III el día de San Martín de 1137, y que mejoró D. Alonso VIII en diciembre de 1177; el cual, que comprendía el de Logroño, exenta á los vecinos de mortura, sayonia y vereda, de fonado, ancha y mañera, de los fueros malos de lonsañera, batalla, calda y pesquist, y de los pechos de portazgo, peage, recoage, rasurs, ólura y montaz-

go, de entrada de merino y de bayón; además mandaba pagar dos sueldos anuales por cada casa y uno por las heredades al Señor en la Piedad de Resurrección, y veintiquatro maravedises al Rey por su yantar cuando fuese á la villa, treinta si fuese con la reina, y nada al infante ó infanta, previniendo que si el yantar de aquellos costare más de los treinta maravedises, los pague el Rey.

Con Rivarellas: Igay, Mollades, Quintanilla, Aramón, Ireio, Villalbar, Valaseca, Castillejo, Garzull, Drón, Cellorigo, Bageda, Valverde y Suzaga, aldeas que la agregó el emperador D. Alonso VII en 1157: formó parte muchos años de Alaya, hasta que se separó juntamente con Pancorbo y Soja de aquella hermandad, por etiquetas y disputas que se suscitaron con Salvatierra, sobre preferencias y antelación de los asientos en las juntas ó congresos de la provincia.

En el archivo del ayuntamiento, que sigue desordenadísimo desde la guerra de la independencia, se conservan insalantes privilegios, cédulas y papeles curiosos y raros, y nosotros, en los cortos ratos que nos han permitido las ocupaciones que nos rodean, hemos examinado, entre otras, las que la concedieron D. Carlos desde Valladolid en 25 de setiembre de 1424, para que los hijos de clérigos no pudiesen tener oficios, y los Reyes Católicos desde Zamora en 5 de marzo de 1476, para que ninguno otro pueblo, dentro del radio de cinco leguas, pudiese celebrar mercado, y con especialidad los del señorío, y para que sus vecinos y moradores y los que habitasen en los arrabales con casa abierta, fuesen francos, libres y quillos de pedidos y monedas, y de moneda forera, siempre que llegase el caso de hacerse el repartimiento por el reino; y la real cédula de la era 1524, año 1286, de la que constó las discusiones que había entonces entre la villa, D. Juan Alonso de Haro y Lope de Mendoza sobre varios vasallos de Rivarellas, Bayas, Revenga y Lacorzana, que aunque eran del territorio de la cofradía del campo de Aeriaga, estaban unidas á Miranda, y sin embargo las querían preciar los expresados caballeros y otros hijosdalgos por sus contribuyentes.

El rey D. Enrique II, dió á Burgos la villa de Miranda de Ebro y sus aldeas, por haberse coronado en dicha ciudad y haber jurado á su hijo D. Juan por príncipe heredero, en cuyas cortes, como es sabido, se concedieron las alcabalas de diez uno, que se habían concedido también al rey D. Alonso su padre por el tercio de Algeciras; pero de veinte uno.

La situación de Miranda es despejada, su clima sano, aunque des-templado y frío los ocho meses del año; tiene su asiento en una hermosa, fértil y dilatada llanura; forma la cabecera de la Rinja y el último ángulo de las dos Castillas y reinos de la corona de Aragón, cuyos caminos rectos para Francia y provincias Vascongadas vienen á parar á ella como punto céntrico de todos, poniéndola en contacto diario y acelerado con la corte y capitales principales de España y del extranjero.

Por el centro de la población atraviesa con rápido curso el Ebro que la divide en dos mitades unidas por un sólido y elegante puente que costó millón y medio á fines del siglo pasado, y por mucha mayor altura que la de las torres de sus tres parroquias sobre el río Orançillo ó Matapan, que riega cuantas huertas y campos se quiere, después de poder en movimiento algunas arcahetas.

Los días 19, 20 y 21 de junio de 1773, fueron de sobresalto y de tembloración para los mirandeses con la no vista ni pensada avenida del Ebro, el cual salió de madre diez varas en alto y de ancho en partes más de media legua, se invadió por las calles, templos y campiñas, apenas dejó edificio sin remover, cubrió en tierra multitud de casas, hubo que apelar más de la mitad, y se llevó el antiquísimo puente y las casas Consistoriales, la cárcel y la carnicería que había sobre él.

El castillo pegante á la villa que sirvió de fuerte y de defensa en lo antiguo y que aun en la actualidad le guarnece media compañía de infantería, perteneció al duque de Híjar, como conde de Salinas y de Rivado.

El caserío es en lo general bueno, abunda y son baratos los artículos de primera necesidad; acosa de plantarse el alambrado de reventeros; hay posesos de verano y de invierno, frondosas alamedas, fuentes, pastores bien servidos, fábricas de alfileres, de curtidores y alfarerías; se celebran tres mercados semanales y tres concurridísimas ferias en primero de marzo, de mayo y de noviembre; fertilizan sus ríjidos arroyos dos ríos, el Bayas y el Zadorra, y si por fortuna llega á construirse, como no podrá menos de suceder, el ferro-carril del Norte, la prosperidad y el engrandecimiento de Miranda serán inmensos.

RENÉO SALOMÓN.

Como es dable que algunos no sepan á qué aluden muchas frases de que usan y abusan hoy día los periódicos, nos parece útil dar una pequeña explicación del hecho á que aluden las más usuales.

Cuando se habla de la parte débil de una persona, se suele decir que es el *talón de Aquiles*, porque Aquiles, hijo de Peleo y de Tetis, fué

sumergido al nacer por su madre en el Stix, río del infierno pagano, para hacerlo invulnerable; lo fué, menos por el talón, por el que lo tenía asido su madre. Si hubiese vivido hoy día, se hubiese caído unos buenos botas impermeables con un buen tacón de *qué me se dá á mí*.

El tonel de los Danaidas. Eren cincuenta, todas hijas de Danus, rey de Argos; se casaron con cincuenta primos hermanos egipcios, hijos de Egipto. Su padre les persuadió á que matasen en la noche de novios á sus maridos; todas obedecieron menos una. Están pagando su delito en el infierno, con tener que llevar de agua unas cubas; mas como estas no tienen fondo, nunca lo consiguen. Muchos de los delitos están condenados á la misma ingrata tarea.

La espada de Damocles. Damocles era un adalador de Dionisio el tirano, y no estaba de celebrar su felicidad. El tirano le mandó convidar á un banquete, lo hizo vestir de príncipe, y lo sentó al festín teniendo colgada sobre su cabeza una espada sujeta al techo con una crin de caballo. Damocles sintió con terror lo que es la felicidad de los que se encuentran y mandan, y suplico por su tranquila mediocridad. Damocles fué muy coerto; lo regular es preferir el festín y abrigar en su embriaguez la espada.

El festín de Baltasar. Fué este el último rey de Babilonia. Habiéndose servido en un festín escandaloso de los vasos sagrados de oro y plata que su padre había robado en el templo de Jerusalen, vió una mano que estampó en la pared estas tres letras: *mané, thecel, phares*. Habiendo hecho llamar al profeta Daniel para que las explicase, dijo este que decían: *he contado, he pasado, he dividido*; lo que significaba que sus días eran cumplidos, que sus acciones se habían de ser pasadas, y que su reino sería dividido. Baltasar fué asesinado aquella misma noche, y su reino dividido entre medos y persas.

Tocar á los vasos sagrados trae tras sí este anatema, que rezuena por los siglos como un son fonesto y eterno.

La espada de Brenno. Brenno era un general de los galos, que 558 años antes de la era cristiana llegó hasta Roma, que saqueó. El tribuno Sulpicio estipuló con él que no saquearía el Capitolio, mediante mil libras de oro. Al pesarlás, pareciéndole á Brenno poco el oro, echó en la balanza su espada y forzó á los romanos á pagar ese peso más en oro; por consiguiente la espada de Brenno significa que cuando la fuerza entra en cuestión, vence todo argumento; y está visto que la espada de Brenno será siempre el mas irrefutable.

Ojos de Argos. Argos era hijo de Ateor, y tenía cien ojos; cuando dormía solo cerraba cincuenta. Juno le encargó de guardar la nieta de; pero Mercurio lo durmió y lo mató. Juno lo metamorfoseó en un pavo real, conservándole sus ojos á la cola. Este Argos, en su primitivo estado, sería el mas pintado ministro de Hacienda ó de Gracia y Justicia que pudiese depararnos la suerte.

Briaseo ó Egeon, hijo de Titán y de la Tierra, era un gigante de extraordinaria fuerza, que tenía cien cabezas y cien brazos. Arrojaba torrentes de llamas, y levantaba contra el cielo peñascos que arrancaba de su base. En la guerra que quisieron sostener los gigantes contra los dioses, Tetis ganó á Briaseo en favor de los dioses, por lo cual Jupiter le perdonó. Ojalá tengan todos los Briaseos la suerte de hallar una Tetis.

El dardo de Aquiles. Dicese que tenía la virtud de sanar, tocando suavemente las heridas que hacía; por eso se ha comparado á la lengua y aun á la libertad de imprenta; por desgracia en nuestros días se ven muchas heridas hechas por estos dardos; pero no vemos que se empleen en curarlas.

El tonel de Diógenes. Diógenes era un monedero falso, que fué echado vergonzosamente de Sinope su patria, y vino á Atenas, en donde se hizo filósofo cínico de la escuela de Antristeno. Llevaba el uniforme de su escuela, que era una asquerosa desnudez, un pelo y unas alforjas con las que entró en casa de Blakon diciendo al piser sus alforjas: *pateo el fausto de Platon*; á lo que este filósofo le contestó: *si, pero con otra clase de fausto*; ¡fausto! fausto en todo, fausto vano, fausto orgulloso, interno, eterno; todo fausto, menos en la ley cristiana. Vivía este chocante cínico en un tonel, y habiéndose ido á ver Alejandro el Grande, y preguntándole qué podría hacer para complacerlo, le contestó que lo que le sería mas grato sería que se desvistiese para que le diese el sol. Fausto, fausto!

La túnica de Dejanira. Esta, que era mujer de Hércules, fué robada por el centauro Nessó, al que Hércules dió una flecha envenenada que lo mató. Al morir se quitó Nessó la túnica empapada en su sangre, y se la dió á Dejanira, asegurándole que llevándola su marido le sería siempre fiel. Dejanira se la envió con este objeto á su marido: él que apenas se la puso, se sintió abrasado, y fuera de sí se echó en la hoguera de un sacrificio en que pereció. Su mujer se mató de dolor. ¡Cuidado con muchas túnicas! Cuidado, pues podrá parecer sencilla y ser la de Dejanira.

El lecho de Procusto. Era este un famoso ladrón en Alica, y tan cruel que acostaba á cuántos cogía en una cama, cortando los pies á aquel que era mas largo, y estirando con cuerdas al que era más

lorio. Tántalo lo hizo morir en ese mismo suplicio. Esta cama de Pro-custo es, según Alejandro Dumas, nuestra bienaventurada civilización, que tiene horror á todo lo no que está á su nivel, sea más alto ó más bajo que ella, y todo lo condena y persigue (1).

Sed y hambre de Tántalo. Tántalo era hijo de Júpiter y rey de Frigia; un día que fueron á visitarle los dioses, les sirvió en un festín á su propio hijo Pelop. Júpiter por lo tanto lo condenó á sed y hambre eterna, y está en el infierno en un lago de claras aguas que se retiran cuando á ellas acerca sus labios, teniendo sobre su cabeza una rama con sazonadas frutas que se eleva cuando va á asirla. La sed de Tántalo es comparable á la que tenemos por la felicidad que jamás saciarán los desterrados del Paraíso en este mundo en que no existe según la sueña el hombre.

Alas de Icaro. Huyó con su padre Dédalo de la isla de Creta, y fueron los que inventaron poner velas á los barcos, Icaro naufragó, lo que dió márgen á los poetas para inventar que su padre le había fabricado unas alas que pagó á sus hombros con cera; la que derretida por el sol, se despegaron dejando caer á Icaro en el mar en que se ahogó. Esta fábula se aplica á los que vuelan sin alas propias. Si todos los Icaros de la actualidad se ahogasen, ¿cómo ibamos á parar, señores cielos!

La familia de los Atrides. El hermano de este rey de Argos tuvo amores con su cuñada, que le dió dos hijos. Atrides aparentó reconciliarse con su hermano; le convidó á un banquete en el que lo sirvió á sus propios hijos. Seneca, Crebillon y Voltaire han puesto en escena estos horrores. ¡ Buen gusto!

La carta de Urías. Fue la que dió David al marido de su querida Betsabé para el general de sus tropas Joab mandando que lo pusiese en un puesto arriesgado á fin que sucumbiese, como sucedió.

Las predicciones de Casandra. Era esta hija de Príamo, y tenía el don de profecía. Apolo la amó; pero no habiéndole ella correspondido, para vengarse hizo que no fuesen creídas sus profecías, según sucedió en Troya. Casandra ha habido innumerables, y hay en España en la era presente.

TRIBULACIONES DE UN REMENDERO.

CUENTO POPULAR.

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

Habíase un zapatero remendon, que en punto á feo no había quien le ganase, ni en punto á mal génio había quien le igualase. Sentado ante su mesilla, en su casa puesta, calado el gorro de algodón que había sido azul y blanco, cuyos colores subiendo el blanco bajando el celeste, se había fundido en un tinte ineficazable, ó sea tinte *vaion sospechosa*, puesto su delantal de cuero y sus espejuelos de cuerno, era el dicho remendon el negro blanco de todos los traviesos chiquillos del barrio, los que con todas las viejas de idem, que eran sus parroquianas, habían gastado la paciencia del remendon hasta dejarlo sin ninguna.

El tío Hormazo, que era el nombre que le habían puesto, por ser su habitual amenaza á los chiquillos tirarles un hornazo, era un hombre grave y muy rígido; convenía en que las botas debían salir á la calle, pero las mozas no; que los zapateros debían tener compañero, pero que las mozas recatadas no debían tener otro que el anafe, el torno de hilar, y el rosario.

Pero su hija Mariquita no era de la misma opinión que su padre, porque nunca dió origen mas feo y rásbrero vida á mas vistosa y casquivana mariposa: esta mariposa se había enamorado y entendido por señas con un teniente, el que maldita la gracia le hacía al tío Hormazo; este, por vigilar y cuidar á su hija, iba descuidando los zapatos viejos, y por atender al crédito de su hija iba perdiendo el suyo.

Una mañana estaba el tío Hormazo mas desesperado que nunca; el almidon, aunque mas podrido que nuestra, se lo había comido el gato que estaba muerto de hambre; el hilo se lo había enredado, y el cerote en le había perdido; ya había ceñido con tres viejas, que habían prometido desacreditarlo, cuando llegó una mozneta desenvuelta, la cual dijo sin preámbulo:

—Y mis zapatos?

—No estan, contestó lacómicamente el tío Hormazo.

—Habrás visto vieja mas embustera! ¿no me dijo Vd. que estaban?

—Me equivoqué.

—No podré ir al fandango, dijo pateando la mozneta.

—Mejor: las mozas pierden su estimacion en los fandangos; á correr, á barrer; éa, anda!

—Pues he de bailar y he de cantar mientras me dé gana; ¿está Vd.?

que yo vengo aquí por mis zapatos y no por sermones: vaya con viejo éste, que no quiere que se cante y se baile y miente mas que el almizame!

Y se fué cantando á gritos:

A la puerta de un sastrer
todas son tiras,
y á la del zapatero
todas mentiras.
Tienen los zapateros
en el cogote
un listero que dice
viva el cerote,

El tío Hormazo impaciente iba á contestarla, cuando entró un chiquillo.

—¿Qué quieres? preguntó con su vocejon y lorha y desconfiada mirada el remendon.

—Preguntarle á Vd., tío Hormazo, si ha confesado?

—¿Te vas, ó te envío al demonio?

—Es que venia á enseñarle á Vd. su confesion, que es así:

yo zapatero
perandero
embustero
me confieso á Andero,
á Pedro Botija
y á Anton Perulero.

—Bribon, tonante! si te tiro un hornazo te abro la crismá.

Pero la amenazada crismá estaba ya fuera de tiro.

No había pasado un cuarto de hora cuando se presentó otro marchante. Este no fue mal acogido, porque traía en la mano un zapato que por del ante abría una inmensa boca como un gran pez que parecia amenazar al tío Hormazo: en cuanto al talon, era una triste ruina; aquel edificio yacía por tierra.

—Déjalo ahí, dijo sin asustarse y sin rondarse el remendon, hecho á ver como un cirujano de ejército descalabros, y como un anticuario riñas.

—Cuidado! que dice mi madre que quede bien cosido y firme!

—Pues... mire la advertencia! gruñó el tío Hormazo; ¿te se ha figurado, molebulla, que coso yo con telarañas?

—Lo advierto, respondió el chiquillo tomando el portante porque:

Dice el remendero pobre
Tente, tente hasta qué cobre.

—Por via del demonio malo tu padre!... que si te tiro un hornazo te has de acordar de mi.

—Tío Hormazol dijo otro muchacho presentándose con los fueros de embajador, de parte de mi abuela que por *mor* de Vd. que no le ha cosido el zapato no puede ir á misa, y que es Vd. un judío.

—Yo juzdo! ¿mira so insultante! vuélveme con otra insolencia, y por mí la cuenta si con el hornazo que te tire no te dejó estampados los sesos en la pared, se bribon! dile á la mathablada de tu abuela que los descalzos se van mas facil á la gloria que los calzados.

—Entonces, tío Hormazo, ya que calza Vd. cristianos, está Vd. trabajando para el diablo; bien dice mi abuela que es Vd. un judío, y asiua dice la copla:

Un remendero fue á misa
y no sabía rezar,
y andaba por los altares
zapatos que remendar?

Esta vez la horma fué por los aires; pero dió contra la puerta cuando ya estaba el chiquillo en la acera de enfrente cantando:

zapatero, remendero
come tripas de carnero.

Pues no es este un oficio para condenar á un cristiano! exclamó desesperado el antitesis de Herodes; esto es la victima de la tiranía muchachil, ¡ay! ¡y no la sola que bastantes hay! vamos, señor, que ni la paciencia de Job! halo de pillos!

Entonces se asomó al umbral, y subió el poyete con mucho trabajo, quedándose plantado en él, un sujeto microscópico de cinco años, que apenas hablaba claro: recobrado su equilibrio, merced á apoyar una mano en la pared, se quedó derecho, y presentando como presenta una centinela el fusil, una gran asta de buey al tío Hormazo, dijo:

Señor remendero garvoso
me que Vd. hace unos zapatos pa este buen mozo?

—Ah gurrapatillo! exclamó fuera de sí el remendon; tú también te metes á hacer burla? Ahora lo verás!

Pero como el enemigo era tan débil, y el tío Hormazo generoso, no acudió á su arma favorita la horma, sino que cogió una escoba de mano y se la tiró al gurrapatito; este se había asustado, se había vuelto; pero no á finarse á bajarse, por lo cual el proyectil le dió con todo su impetu por detrás, cayendo al suelo hecho un lío el gurrapatito, el asta y la escoba de mano. Al oír los poderosos berridos que daba el *porta asta* acudieron de la casa contigua su madre, su abuela, su tía, su madrina, y media docena de vecinas á cual más compadecidas de la victima, y á cual más enardecida de indignación contra el Fierabrás remeadero. Como un fuego graneado se lanzaron al tío Hormazo los siguientes requiebros:

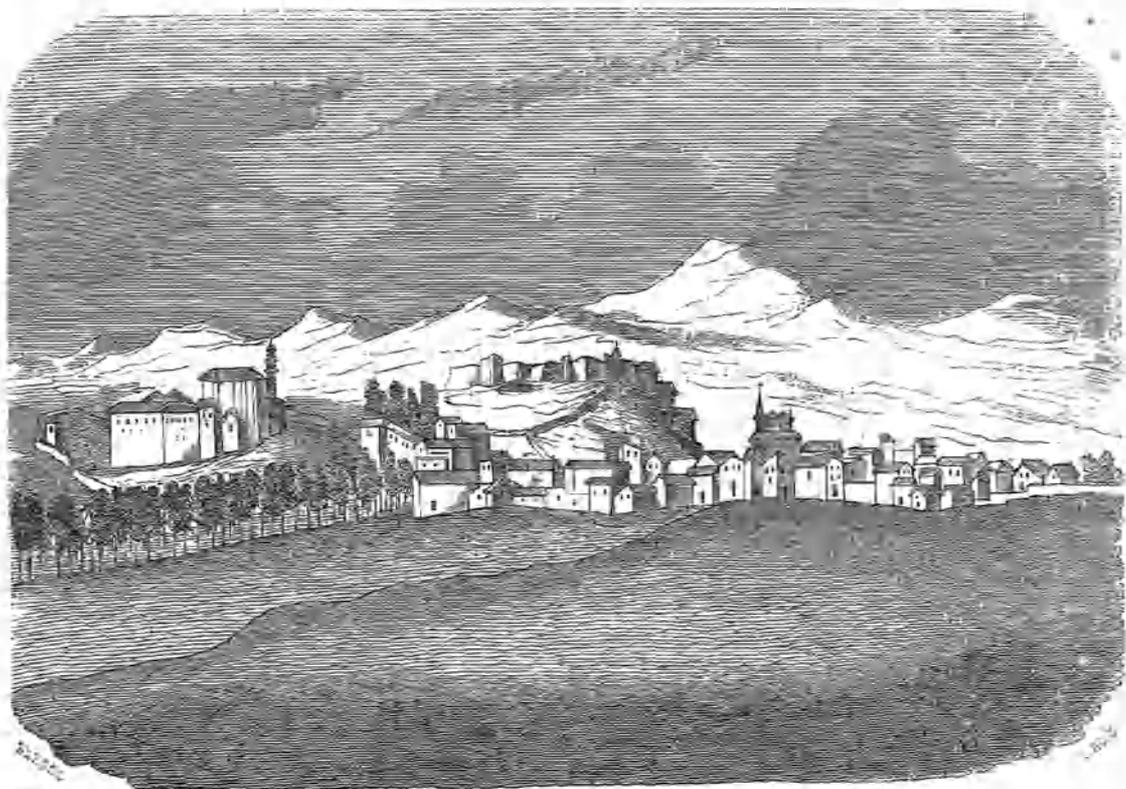
- LA MADRE. ¡Hereje!
- LA ABUELA. ¡Herodes!
- LA TIA. ¡Alma de Cain!
- LA MADRINA. ¡Sin entretus!
- LA PRIMA. ¡Desalmado!
- UNA VIEJA. ¡Judío!
- UNA MODISTA. ¡Neron!
- LA MUJER DE UN MILICIANO. ¡Déspota!
- LA MUJER DE UN MARINERO. ¡Pirata!

- LA MUJER DE UN SOLDADO. ¡Morá Riff!
- UNA CORSETERA FRANCESA. ¡Ogre!
- UNA NEGRA MENDIGA. ¡Caravali Bozal!
- UNA BEATA. ¡Impio!
- UNA ANTIRUSA. ¡Cosaco!
- UNA CHIQUILLA. ¡Bú!

El blanco de todas aquellas iras siguió tranquilamente uniendo suelas y palas desunidas, sin hacer otra cosa que repetir de cuando en cuando: esta vez ha sido la escoba; la primera vez que ese esmero mal criado se venga haciendo burla de un hombre *respetuoso*, será un hormazo el que le enseñe crianza; estáis prevenida, Juana Galotas.

Pero no estaba el tío Hormazo al cabo de sus tribulaciones, pues en este instante vió pasar rozagante con la gorrita de cuartel terciada sobre la frente y aire jaque al asistente del teniente, que merced á la bulla y algazara que habia allí armada, esperó poder pasar sin ser notado por el canchero de la pretendida de su oficial. Mas se engañó: al vigor del can, unia el remendon sus cien ojos de Argos.

Al ver el tío Hormazo aquella aparición garbosa y hostil, su temple se acabó de agriar, y se puso de concierto con el de su almidón. Le dió un puñetazo en la cabeza, con lo cual quedó el gorro de algodón terciado sobre su calva, y con el mismo aire *crane*, como dicen los franceses, que tenia la gorra de cuartel del asistente. Habiendo en conse-



(Miranda de Ebro.)

cuencia de esto quedado descubierta una de sus orejas, pudo oír perfectamente lo que al pasar sin detenerse y en voz de tenor cantaba el Mercurio, y era esto:

Arandín, arandín, arandé,
Seña Mariquita, atiéndame usté.

Y siguió su camino.

Yo también atiende, dijo para sí el remendon, metiendo y sacando el hilo con las fuerzas de un Hércules y con los bríos de un Aquiles.

De ahí á un rato volvió á pasar el enemigo cantando en la misma voz de tenor:

Seña Mariquita la del falvalá.
Dices mi teniente que vaya usté allá.

Y pasó como quien no quiere la cosa.

—¡Habrásé tuantes! gruñó indignado el sereno remendon.

Al cabo de cinco minutos hizo el militar su tercera aparición: el remeadero estrujó de coraje entre sus manos una suela vieja; entonces oyó abrirse suavemente la ventana de su habitación, y una voz de tiple se cantó:

Arandín, arandín, arandero,
Dile á tu teniente que allá irá yo luego.

Apenas concluía la voz de tiple, cuando el tío Hormazo, tirando furioso la mesa con todos sus despojos y cachivaches, teniendo en su alzada mano una horma, salió á la calle cantando con un formidable vocejón de bajo:

Arandín, arandín, arandero,
Como te menees te tiro un hormazo. (1)

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Desde aquel momento los amantes pusieron mas reserva en sus relaciones. D. Lorenzo, al ver á Enrique sondeó su alma de una mi-

(1) Este cuento tiene su gracia en que se cantan los trozos del arandín, con una graciosa tonada que le es propia en voz de tenor, de tiple, y vocejón de bajo.

rada; y pensó que un joven como él podía ser una buena pantalla para el amor. Dedicó su idea á Rosario, y ella la puso en ejecución con tal arte, que sin comprometerse en lo mas mínimo, sin dejar una grana del alfiler más que Enrique la había colocado, le descubrió un cielo de felicidad. Las mujeres saben por corazón todo el arte diplomático. La astucia y el ingenio son su naturaleza, y su educación la manifiesta.

Al cabo de ocho dias todo estaba arreglado entre los dos; pero sus amores no danaban en lo mas mínimo á la moral. Eran semejantes á una cántiga de la Carolina Coronado. Enrique miraba á su amada como el diestro al sol, y ella se dejaba mirar, y de cuando en cuando se sonreía. Esto era todo. Enrique mismo se creía feliz con esta contemplación, con adorar discretamente en la lira de su alma el himno de los amores, y no conocía aun el objeto de sus deseos. Rosario se sonreía al verlo á sus piés, devorándole con sus miradas y sin hablarle mas que por monosílabos ó rebuscados requiebros calderonianos. Para comprender todo el amor que encerraba aquel alma en capullo, era Rosario la mujer menos á propósito. Una joven inocente, en la edad en que el corazón empieza á latir, quizá lo hubiera adivinado, porque en esta edad algunas veces el alma habla al alma en un lenguaje eléctrico y misterioso que desdeña la palabra vulgar. Una mujer en los últimos dias de su juventud también lo hubiera conocido, aunque no hubiera sabido psiquismo. Esta mujer es sin embargo la que mas conviene á un apéndice de galán.

Ramírez muestra á Enrique un afecto fraternal. Desea que desahogue su piloto en los mares de la vida, y le ayudaba en las ocasiones apuradas, ya con los consejos de su experiencia, ó ya (lo que es menos común) con el oro de su bolsillo. Enrique le correspondía con sincero cariño, y tenía fe ciega en su amistad. Dicen que en el corazón humano solo reside el egoísmo, réplica de camaleón de mas colores que el iris, pensaba Enrique algunas veces; pero la brisa negra de Rousseau no podrá encontrar esta pasión villana en el corazón de mi amigo. Al principio sospechó que amaba á Rosario, no porque tuviese prueba ninguna de ello, sino por lo que se llama vulgarmente una coronada, que no es en realidad sino un resto del instinto que tenemos como todos los animales, y que se pierde á medida que la inteligencia se desarrolla; pero pronto se convenció de que sus recelos eran solamente sueños de su fantasía, pues Ramírez tenía otra querida, una dama rica y hermosa con quien debía de casarse á los pocos meses en secreto por circunstancias especiales de la familia. El mismo Ramírez le llevó á verlo, pues no le ocultaba ningún secreto, y tenía para él su corazón en las manos; pero le encargó que no lo publicase, y Enrique se resolvió á callar como un confesor.

Pero el hombre propone y la mujer dispone. Varias murmuraciones habían llegado á los oídos de Rosario y turbaban la paz de su corazón con celos, por desgracia barto fundados. Es probado que nada corre tanto como una mala noticia. Rosario quiso salir de dudas, y comprendiendo que Enrique podría darle la luz necesaria, puso en juego toda su diplomacia femenina para robarle su secreto.

Una tarde Enrique la encontró sola; con los párpados rojos de llorar es decir, lo suficiente para que se conociese que había llorado, mas no tanto que perjudicase á su hermosura. Se acercó á ella y le golpeó la espalda con marcado mal humor; la preguntó qué tenía, y ella no la contestó sino con un suspiro. Todas sus palabras fueron inútiles, todas sus réplicas vanas; unas y otras caían sin producir efecto como los dardos disparados contra una estatua de bronce. Por fin Enrique se cansó, tomó su sombrero, y con lágrimas en los ojos murmuró: señora, veo que estoy incomodando á Vd.; que mi amor ha sido un sueño dorado que se evapora; mas es la culpa, pues no he sabido merecer. No quiero ser importuno y aunque mi amor vivirá en mi corazón mientras yo exista, jamás aparecerá en mis labios. A los piés de Vd., señora.

Rosario entonces rompió su silencio y le dijo sonriendo sarcásticamente: Adios, en casa de Luisa (este era el nombre de la futura esposa de Ramírez) te esperaré á Vd. sin duda alguna.

—En casa de Luisa...

—Sí, vaya Vd. allí á ratos de mi credulidad; pero no vuelva aquí en su vida.

—Rosario, está Vd. equivocada el presume...

—Yo no presumo nada; ¿ni quién ha de presumir?

—No quiero oír á Vd., porque ya sé que no han de faltarte palabras para disculparse; pero es inútil, porque está me demostrará su ingenuidad y no su inocencia.

—Yo sé que Vd. es un pérdido, un ingrato, que ama á Luisa...

—Ya...

—Ciertamente y hasta que la ha prometido Vd. casarse...

—Pero Rosario...

—Qué, ¿no es verdad?

—No.

—Será Ramírez; ¿no es esto?

Rosario hizo esta pregunta con fingida bronca y manifestando incredulidad. Enrique vaciló.

—¿Ve Vd., prosiguió Rosario, como ni aun es posible intentar una defensa? Yo bien sé...

—Pero Rosario...

—Necia de mí que había puesto en Vd. mi cariño! Ingrato! Después que por él he olvidado mis deberes, que he marcado mi frente con un sello de infamia...

Y comenzó á llorar como una Magdalena.

—Pero escuchame, Rosario, exclamó Enrique llorando también, escuchame...

Y con mano convulsa tomaba una mano de la dama, que se cubría interiormente de la misma escusa que estaba representando, y en la cual Enrique, llevado de su amor, bacia un papel muy ridículo, el papel de amante engañado, que es muy común para todos los que no se hallan ó creen no hallarse en la misma situación; pero que no es sino un efecto de nuestra pobre naturaleza que no posee la doble vista, y no puede por consiguiente examinar el abismo de los corazones á través de la niebla de mentira que los encubre.

Enrique confesó de plano.

—¿Dices la verdad? exclamó Rosario fingiendo alegre delirio y estrechándole la mano.

—Lo juro.

Rosario sintió que se la partía el corazón; pero así como antes fingió su rostro un dolor que estaba muy lejos de sentir, así ahora este fiel espejo del alma, como le llama el vulgo, representaba la alegría; y Enrique fué durante una hora tan feliz como un amante platónico pueda serlo. ¿Quién sabe si Rosario se enterneció por un momento con su amor? ¿Quién sabe si su instinto de mujer le hizo descubrir el tesoro de ternura que encerraba el alma virgen de su amante, y se embriagó con los aromas exquisitos de aquella rosa á medio abrir?

Cuando Enrique bajaba de la casa, su pecho se dilataba como el de un hombre que encerrado en un subterráneo sale á la cumbre de una montaña, y de una atmósfera infestada pasa á respirar un aire puro y delgado; su corazón latía con fuerza, la fiebre vagaba alrededor de su frente y sefameba. —Soy amado con el mismo orgullo con que Colón poniendo el pié en las playas americanas se dijo: Tenis, yo razón.

Rosario mientras tanto descargaba sobre Ramírez una tempestad de quejas, de denuestos, de lágrimas y suspiros; aquel otero Lovelace pudo disiparla con su tática ingeniosa, que indicaba toda la profundidad de un talento político aplicado á niñerías, porque Ramírez era un Tayllor de amor, y al cabo de una hora el iris brilló otra vez en el cielo de sus amores. Enrique pasaba por la calle y los vio sonriendo asomados al balcón. —Y yo que sospechaba... se dijo. Ella no le hubiera vuelto á mirar sabiendo que amaba á otra.

Dos dias después, Felipe fué á casa de Enrique y le encontró pálido y desganado como el espectro de la muerte, con la frente apoyada en la mano y los ojos llenos de lágrimas. —¿Qué tienes? le preguntó.

—He sido engañado, engañado como un niño, exclamó Enrique sollozando, y por ella. Dios mio! por ella que yo creía un ángel, una verdad, la personificación de la pureza y la hermosura... Esto es horrible!

—¿Pero qué ha sucedido?

—Que amaba á otra... Su marido sorprendió unas cartas, y los dos se escaparon juntos huyendo de su furor... y lo mas triste es que he recibido dos desgarrados en una... el mismo golpe ha roto las dos fibras mas delicadas de mi alma... se ha escapado con don Lorenzo Ramírez, mi mejor amigo! ¿Qué me queda ya que esperar? Solo la muerte...

—Locura! Matarse por una mujer es ponerse en ridículo.

—¿Crees que me resignaré al dolor eterno por miedo del que dirán?

—No hay dolores eternos, porque todo en el mundo es perecedero. Tu herida está reciente, pero el tiempo la cerrará y sobre el sepulcro de tu primer amor crecerán frescas rosas ricas de perfume. Esta desdicha te será útil, porque te hará conocer la vida.

—Ya lo conozco y la desprecio.

—Porque la conoces mal. Cuando tu sangre se refresque y tus ideas alteradas hoy por el dolor recobren su curso ordinario, verás que la vida, si no es lo que te figurabas, no es tampoco una cosa despreciable. Desde luego los dolores y los placeres son obra nuestra; y solo á nosotros mismos podemos culpar si somos desgraciados. Trata de ser feliz, y lo conseguirás.

—La dicha es la ilusión, y todas estas ilusiones se han desvanecido como los fantasmas que finge la niebla.

—Te quedan los placeres humanos. Oyeme con calma, y medita mis palabras, que no son frívolos consuelos, sino el fruto del estudio que he hecho de nuestra naturaleza. La mayor parte de nuestros dolores morales provienen de la falsa idea que nos formamos de la vida en nuestros primeros años, de la fé que concedemos á los sueños de los poetas. En el amor sucede esto más que en otra pasión alguna. En la naturaleza existen el deseo y la simpatía, y de estos dos sentimientos es hijo el amor, que la sociedad recoge como un diamante en

bruto, le pulsan, le hermanan y le convierten en una joya. Los poetas hablan de su belleza, las recogen por la abstracción, y dan de él una idea falsa: los que creen sus palabras, buscan el amor como no existe, y al tenerle en sus manos ofrecen con desesperación: «¿No es más que esto?» y le arrojan desdenosamente; pero hacen mal, porque si no es una chispa del sol, como creían, es una piedra rica y hermosa por naturaleza, más rica y más hermosa aun por el pulimento. No hace por sí sola la felicidad; pero pueda ayudar á ella. La naturaleza humana propende á pasar repentinamente de un extremo á otro, y al hacerlo así salta por encima de la razón que está siempre en el centro. Hay un mundo para los poetas y otro para los demás hombres: las pasiones de los primeros no son las de los segundos, y al resignarse á vivir es preciso optar por una ó por otra de estas dos existencias, so pena de tener los padecimientos de ambas, sin los placeres de ninguna de ellas.

El corazón del poeta es una lira de sonidos dulcísimos que los ángeles se paran á escuchar pero que los hombres no comprenden. Y aun cuando la mujer los comprendiera ¿cómo había de contestar, falta de una lira semejante? Cada ser busca un compañero de su especie, y el que es más elevado que los otros no pueda tener compañero. El cedro del libano vive solitario, porque ninguno otro árbol llega hasta sus ramas. El sol camina solo por el espacio. La unión querida del poeta en la gloria, es su sacerdoté, y arrodillarse ante otro ídolo es cometer un sacrilegio que el mismo gémito poético se encarga de castigar. Pero el que no es poeta y quiere tener pasiones de tal, es un loco que se aferra al martirio por una religión que no es la suya. Si tienes en tu corazón un rayo del fuego sagrado, no amas; si no le tienes, ama como hombre con el amor de los sentidos; y para este amor ¿qué importan las cualidades morales del objeto amado? ¿qué importa que te ayude ó no con tal que represente bien su papel? Quiéres que no tenga otro amante; ¿y por qué? hasta puede serle útil, porque él la enseñará á amar mejor; quiéres que ningún otro hombre ocupe su pensamiento, y te enloquece la idea de que esto suceda alguna vez; pero la amada tiene un perrito de agua á quien quiere más que á ti; la ves accionando cuando la hablas de amor, y sin embargo no tienes celos de él; pues que es más honroso para ti ser olvidado por un perro que por otro hombre, el animal más perfecto, la imagen de todo un Dios! Pobre loco! Abandona tus delirios, acepta el mundanal cual es, y trata de acomodarte á él lo mejor posible, porque no eres sino un diente de la inmensa rueda de la creación, y la rueda no se ha hecho para el diente, sino el diente para la rueda. Toma la copa del amor sin ver las manos que te la ofrecen en cualquier lugar que te brinden con ella, y no la pagues con tu corazón, porque es toda tu riqueza y quedarías arruinado á las primeras de cambio. Seguro de que un interés egoísta hace fingir amor á la amada sea quien quiera, no tengas recelo en fingirle también, y seréis ambos felices, aunque ninguno de vosotros crea lo que el otro diga. No pases tu atención en la clase de interés que sea un interés egoísta? Buscas el placer, le encuentras; no te canses en disacarle, es decir en destruirle, porque eso sería obrar como los niños que tienen un juguete y le rompen para sorprender el resorte que le mueve, con lo cual quedan sin juguete; y aun cuando le conservaras ya no les causarías el mismo placer que antes porque no les comprenderían sus movimientos. Eso es tomarse trabajo para destruir su dicha, para labrar su propia desgracia.

—Pero, querido Felipe, le interrumpió Enrique, el amor es una pasión muy diferente de la lascivia que es la que tú deliras.

—Es la lascivia reducida á un solo objeto.

—No; es la amistad entre dos sexos diferentes es la amistad más perfecta, porque es de alma y cuerpo.

—Pues aun cuando sea así, ¿qué le importa que tu amiga tenga otros amigos?

—Yo la concedo todo mi corazón.

—Esa es tu locura.

—Pero yo necesito amor; tengo sed de ese dulce óvino que he adivinado en sueños; siento un vacío aquí... (y se golpeaba el corazón) que no puede llenarse sino con una mujer... ¿Qué me importan todos esos amores egoístas en que el amante aprecia á su amado como el chalan al comprador á quien engaña? ¿Cómo ha de encontrar la suprema felicidad, la fusión de dos almas, el desprecio á la misma mujer que estrecho contra mi corazón? Yo no soy Rousseau, y no se enamoran de cámaras. Para seguir tu consejo es preciso que yo mate algo dentro de mí, quizá el corazón; ¿y cómo matarle sin morir de su muerte?

—Como te han matado los demás, dijo Felipe; sigue mi consejo: en cuanto llegues á tu casa arroja por la ventana todas las novelas que poseas, que no serán pocas; engúllate en el estudio de las matemáticas; aprende gimnasia, monta á caballo, tira al florile, ve á caza, toma bebidas refrescantes y frecuenta los salones; con este método ni-

gúnlo, te aseguro la curación pronta y radical de tu enfermedad. La última disposición sobre todo es de un efecto indudable.

De esta manera Enrique Valdeslegre debió á la casualidad el primer desengaño, y á un amigo corrompido que creía hacerle un servicio quitándole la venda de los ojos, la primera lección de inmoralidad. Cuando el mundo se ve á la luz del materialismo, como Felipe se la hacía ver á su amigo, solo dos caminos se presentan en él: la desesperación que termina en el suicidio, ó la depravación de costumbres y sentimientos, armada del egoísmo y sorda á todas las quejas de los corazones que desgarran. Enrique tuvo valor para tomar esta senda, (porque mucho valor se necesita en un jóven para arrancar de su corazón los sentimientos generosos), y su camino por ella es el que vamos á describir, para sacar de él la lección moral que se encuentra en el fondo de la historia de nuestro siglo.

III.

HORROR, HORROR, HORROR.

Don Enrique, reunido con algunos amigos suyos, escogidos entre los que alcanzaban una alta reputación en el vicio cortesano, que algunos de ellos apreciaban más que sus coronas artísticas, militares ó diplomáticas, se hallaba á aquellas horas terminando una suntuosa comida, digna de las noches de Sardanápalo, excepto por lo tocante á las mujeres, pues contra la costumbre de Enrique en tales ocasiones, no había ninguna sentada á su mesa. Esta falta fué notada por don Martín de Aranda, que era uno de los convidados, y que dijo sonriendo:—Ejecente cena de los dioses de Homero, y en la cual lo que más me maravilla es que habiendo sido llamados Cepes y Bacó, no se haya reservado un cubierto para Venus.

Batall Torrente también observó lo mismo, diciendo que no había *entremeses*. Este olvido sin embargo era calculado, pues Enrique no había dispuesto la cena sino para patentizar y celebrar su victoria sobre la virtud de Margarita, aunque caíaba su objeto por sí el arrepentimiento ó una causa estraña á su voluntad la detenia impidiéndola acudir á la cita que le había dado.

Enrique tenía en este tiempo de 20 á 22 años; era alto, delgado, pero robusto de miembros y ágil como un luchador del Circo. Su fisonomía aguilona, esencialmente española, ligeramente tostada y adornada con dos ojos negros, grandes y vivos, respaldaba nobleza y valor. Negra era también la larga y sedosa melena naturalmente rizada, que adornaba su frente audaz. Su sonrisa tenía algo de desdenosa y su mirada mucho de irónica; pero en todo él había un no sé qué de grandeza que subyugaba. Poseía el magnetismo de los grandes hombres, de Byron, de Napoleón, que parecen predestinados para mandar, y que con la fuerza de su voluntad semiómnipotente hacen respetar y obedecer la ley de su capricho.

La orgía y los placeres desordenados respetaban al parecer aquella naturaleza privilegiada, y no dejaban su huella cenagosa sobre su frente, ni empujaban sus ardientes ojos. Tampoco su razón daba muestras de romperse; pero el vicio es un cáncer que corroo lentamente las entrañas, como un gusano el más robusto cedro: el esterior nada delata; pero viene un día en que el gusano ha serrado la última raíz, y el árbol cae desplomado con estruendo. Como Enrique, semejante en esto á su amigo Torrente, no podía vivir sino en los extremos, ser un héroe de la virtud ó del vicio, arrojado por las olas de la casualidad á las riberas de la orgía, asentó allí su trono y quiso conquistar la fama de depravado en medio de una sociedad hipócrita de virtuosos, en la cual el que tenía alguna virtud trataba de ocultarla como una enfermedad vergonzosa, de curarse de ella para hacerse digno de sus compañeros. Esta gloria tan buscada en nuestro siglo, exige como todas las glorias, acaso más que ninguna otra, actividad, ingenio y valor. El talavera que se duerme sobre sus laureles, perece. Para que se table de uno en una sociedad que lo olvida todo á los ocho días de acaecido, arrebatada por el torbellino de su vida propia, es necesario producir todas las semanas alguna obra, llevar á cabo alguna empresa notable. Enrique lo conocía, y cediendo á esta necesidad, propuso la apuesta en que Margarita debía de perder su reposo, y don Juan su corazón. Pero no era eso bastante. Fallaba á la aventura el colorido de la originalidad, más necesario aun á las calaveras que á las obras artísticas. Apuestas de este género se habían ganado ya por muchas calaveras. Por eso, y para que el estúpido fuese mayor, don Enrique mismo hizo á su ayuda de cámara escribir el anónimo que despertó los celos de Doña Teresa, y que si las circunstancias imprevistas no lo impedían, había de producir una escena melodramática que durante una semana fuese el pasto de la maledicencia, el tema obligado de los salones y de las gentes desocupadas.

Por desgracia, como hemos visto, las circunstancias servían maravillosamente á D. Enrique.

Sentado á la mesa con sus amigos, hablaba con el calor y la semi-

sinceridad que da la embriaguez en su primer período. Creer que da la sinceridad completa, es una vulgaridad necia. Seguía un discurso empujado mucho antes, y decía:

Medo de amores como de camisas, y el día que no he hecho una nueva conquista, que no he ajado una virtud ó levantado del polvo á una cortesana—dos cosas igualmente difíciles y que tienen igual precio á mis ojos—la cuento por perdido. Mi amor profano ha penetrado en todos los santuarios; la lista de mis queridas es mas larga que la del mariscal de Richelieu, mas que la del caballero francés que hizo tejer dos cortinas para su cuarto del pelo de sus queridas. Yo hubiera, podido tejer cuatro, y sin embargo soy desgraciado en amores. Sí, porque yo he soñado con un amor virgen y ardiente, con un cielo ideal que torba el carnal placer de mis seducciones. Sí, señores, yo siento en mí que soy algo mas que un haz de huesos atado con nervios y encerrado en un saco de piel; hay en mí algo divino que para su sustento necesita de un amor divino tambien, del amor que no encuentro y cuya ausencia me hace desgraciado! En cada nueva mujer espero hallarle mi deseo; pero apenas llevo á mis labios la copa de su amor, reconozco mi engaño y la arrojo con desden y desesperacion.

—Y por saciar ese amor, dijo Torrente, te encenagas en el vicio, pasas la vida al sol infernal de la orgía que te abraza hasta la médula de los huesos.

—Quiero algunas veces, respondió Enrique, abdicar el pensamiento, y busco el olvido en el fondo de la copa de los festines.

—Copa épica, mayor que la de Nemrot.

—En cuanto al amor venal, al placer, mercancía sujeta á tarifa, me disgusta; pero le busco á veces para cansar mis nervios. No sé qué filósofo, creo que es Bacon, divide las disposiciones en naturales y adquiridas, y asegura que son mas fáciles de vencer las naturales. Nadie gusta del tabaco la primera vez que fuma; la cerveza, la manzanilla, la ginebra y otros licores disgustan al principio; pero después cautivan de tal modo el paladar, que se prefieren al natural y necesario estésito. Yo quise vencer mi inclinacion innata con otra adquirida...

—Hé aquí al vicio filósofo, exclamó Torrente.

—El vicio lo es siempre, dijo Martin de Aranda.

—Y desde luego, prosiguió ya ébrio Enrique, qué diferencia hallais entre una cortesana y una virgen social?

Una virgen social tiene todos los defectos de la naturaleza y ninguno de sus bellezas: verdadera obra de arte, su belleza es de convencion; corporalmente pura, es por la inteligencia corrompida como una Lais; en sus impuros sueños ha sonreído mil veces al amor de los sentidos; se ha mecido en ideas voluptuosas embellecidas por el deseo y la curiosidad, y quizá cuando le ofrecies el verdadero amor, hallándole menos poético que había pensado, dice maravillada:—¿Y no es mas que esto? Y este desengano le pagais vosotros que se le habéis procurado. Vale mas habérselas con una mujer que sea un punto medio pura y que no os pida mas que lo que la podeis dar.

Esas razones fueron acogidas con una carcajada general que hizo estremecer la sala.

—Es imposible, exclamó Torrente, tener mas ingenio para probar lo improbable.

—Nada hay improbable, replicó Martin de Aranda. Yo tenia un amigo que me probaba que el sol era una vision óptica, que el sol no existia, al mismo tiempo que se acogia á la sombra por miedo, decia él, de coger un tabardillo.

En este momento entró un criado y habló dos ó tres palabras al oido de Enrique, que se levantó, y diciendo á sus convidados:

—Al momento vuelvo, pasó á la pieza inmediata.

En esta pieza, que era una larga y alta sala adornada á la antigua y alumbrada débilmente por una lámpara pendiente de la bóveda, le esperaba Margarita, pálida como un cadáver y con los ojos brillantes con la llama de la fiebre.

—Al fin ha venido Vd.? la dijo Enrique al entrar.

—Me ha dado Vd. á escoger, dijo Margarita con voz espantosamente calmada, entre una deshonra pública y una deshonra secreta. He aceptado esta última, porque soy casada, y no quiero que mi virtud dañe á mi esposo ni á mis hijos.

—Ha hecho Vd. bien, dijo secamente Enrique.

—Pero antes de asesinarme, porque esta falta me asesina, exclamó llorando la jóven y arrojándose de rodillas, quiero suplicar á Vd...

—Niñerías, dijo Enrique levantándola. No puedo perder tiempo en pasos de comedia, señora; me estan esperando unos amigos.

—Es Vd. implacable!

—Como el destino.

—Pues bien, monstruo, le odio á Vd., le aborrezco; pero soy su esclava.

—¡Bahl! (mas trágico!) Me suenan como si me dijera Vd. alguna mia, fido mia, ó otras ternuras semejantes; porque en el caso presenté todo lo mismo.

Y acercándose á la jóven la tendió los brazos, cuando la puerta se abrió, y doña Teresa apareció en el dintel.

Margarita al verla exhaló un grito, y corrió á esconderse en un gabinete oscuro antes de ser conocida.

Doña Teresa estaba furiosa; sus ojos chispeaban como los de un tigre hambriento, y su voz era ronca como el eco lejano de la tempestad.

—Traidor! exclamó, ¿es esta la fé jurada? es este el pago que me das por haber olvidado mis deberes...

—Bahl! dijo con indiferencia Enrique, en la culpa va el castigo; y yo, aunque indigno, represento el brazo de la Providencia en este momento.

(Continuare.)

PABLO GAMBARA.

A MI AMADA AUSENTE.

SONETOS.

I.

Gózase encantadora primavera
Ostentando sus mágicos colores:
Su caliz perfumado abren las flores
Amorosas al aura lisonjera.
Enbelesan el bosque y la pradera
Pulces trinos de amantes ruiseñores,
Himnos de melancólicos amores
Que ardiente alumbra el sol desde su esfera.
Todos gozan amando su ventura,
Y amor sonríe á todos placentero,
Flores, aves y prados y espesura.
Yo que su dicha envié en vano espero
Trocar en bien mi horrible desventura,
Que de mi hermosa amada ausente muero.

II.

¿Qué extraño es que en mazmorra es veros
Llore el cautivo la crueldad del hado,
Soñando en la colina y verde prado
Dó pasó alegre juventud dichosa?
¿Qué extraño es que en la noche tormentosa
Al mirarse en las ondas sepultado,
Recuerde el marinero acorrajado
Puerto apróhible y adorada hermosa?
Si yo que en la soberbia corte viví,
Puerto de la opulencia y los amores,
Lloro como en sus hierros el cautivo,
Y recuerdo mecido en mar de flores,
El ceño adusto de mi amor esquivo,
Y de mi ausente amada los rigores?

III.

¡Oh tú, mi amor, mi gloria, mi consuelo,
Dulce esperanza que me liga al mundo,
Tú que encendistes el amor profundo
Del alma ardiente celestial anhelo!
Tú que trocaste de mi vida el duelo,
De la esperanza manantial fecundo,
Y de la tierra lodazal inmundo,
En albergue de amor digno del cielo.
¿Dónde estás que no amudes cual sollar,
Al escuchar mi canto lastimero,
Balsamo siendo á las dolencias mías?
Ven que muero de amor y por ti muero:
Sola de tí, como en mejores días,
Vida, amor, esperanza y gloria espero.

FERNANDO GARRIDO.

SOLUCION DEL JERGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Barbero anciano no stea barba y corta carne.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Achabal.